

JOSÉ ANTONIO CONDE (1766-1820)

Autor de *Historia de la dominación de los árabes en España* (Madrid 1820/21), descubridor de la literatura aljamiada, y primer historiador español moderno que usó las fuentes árabes en lengua original

ANTONIO B. DOMÍNGUEZ PRATS

RESUMEN

La interpretación de la Antigüedad Tardía va íntimamente unida a la interpretación de la dominación árabe. Aproximación historiográfica a la investigación sobre el dominio árabe en la Península Ibérica, a través de la figura de José Antonio Conde. En un tema del que queda mucho por conocer y más aún por reconstruir, la reflexión sobre la historiografía es un capítulo que hay que tener siempre presente y actualizado.

ABSTRACT

The interpretation of the Late Antiquity is closely related to the interpretation of the Arabian domination. This is a historiographic approximation to the investigation of the Arabic dominion in the Iberian Peninsula, following the figure of José Antonio Conde. In a theme in which little is known, and a great deal that must be reconstructed, the deliberation on the historiography is a chapter which must always be present and continuously brought up to date.

1. INTRODUCCIÓN

Es imposible entender la Historia de la Antigüedad Tardía y sobre todo su pervivencia si no se estudia simultáneamente el período histórico subsiguiente. Y un estudio de esta índole va íntimamente unido al conocimiento de su historiografía. En todo el cúmulo de temas

y problemas que componen este entramado es muy importante la figura de José Antonio Conde¹.

El siglo XVIII español fue objeto de numerosas polémicas, entre las que destacan las manifestaciones que sobre él hicieron Menéndez Pelayo y Ortega y Gasset. El primero lo condenó en su obra *Historia de los heterodoxos españoles*, como el «más perverso y amotinado contra Dios que hay en la historia». En cuanto a Ortega, en su *España invertebrada* lo consideraba responsable de no haber desempeñado la función educadora que había ejercido en otras naciones europeas, causando por ello la invertebración de España.

Hoy sabemos que no pueden mantenerse opiniones tan radicales, como muy bien ha demostrado Francisco Aguilar Piñal, quien desde 1981 viene publicando su obra *Bibliografía de Autores Españoles del Siglo XVIII*. En ella se recoge lo escrito por autores españoles entre 1700 y principios del XIX, exclusivamente en castellano y un mero repaso a la entrada de los distintos volúmenes certifica el espíritu de una centuria que planteó el problema de España desde el más sentido patriotismo, que cultivó la poesía junto a las obras de ensayo inspiradas en su decidida vocación por la regeneración del país y que se mantuvo abrumadoramente fiel al catolicismo, sin sufrir el proceso de descristianización observado en otras latitudes, como señala Carlos Martínez Shaw³.

Entre los historiadores españoles del XVIII y principios del XIX, brilla con luz propia el conuense José Antonio Conde García (1766-1820), con su principal obra, *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, 1820-1821, en tres volúmenes. Y su gran mérito viene dado por ser el primer historiador que escribe una Historia de España que abarca el periodo de dominación musulmana, utilizando para ello, casi exclusivamente, fuentes árabes. La muerte le impidió disfrutar del gran éxito que dentro y fuera de España tuvo su obra, de la que se hicieron traducciones al francés, inglés, alemán e italiano, siendo unánimemente elogiado. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del XIX comenzaron las críticas, especialmente el holandés Dozy y sus discípulos, aunque a finales de siglo hay ya algunos autores que le vuelven a valorar, explican sus errores, la mayoría de menor importancia y, destacan sus aciertos.

La época que le tocó vivir a Conde fue ciertamente excepcional, fruto del giro racionalista que se había producido ya en el siglo XVII y que nos va a traer en el XVIII una gran renovación historiográfica en la que se pretenderá depurar la documentación en poder de los historiadores, para fijar hechos y fechas fidedignos, eliminando los falsos cronicones que los escritores barrocos escribían sin crítica y con una mentalidad retórica superada. Al igual que en Europa, también en España se produce un despertar de la historia crítica, entre cuyos objetivos está superar la historia militar o heroica para interesarse por la agricultura, las fábricas, el comercio, las bellas artes, la legislación, las costumbres, etc. Es este siglo, el de la Ilustración, la Razón y Las Luces, la independencia de los Estados Unidos de América del Norte y la Revolución Francesa, que alumbrará en 1789 la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, inspirada precisamente en la Declaración de Independencia de EE.UU en 1776. En sus años finales y principios del XIX nacerá el Romanticismo, que traerá una nueva idea sobre lo que

1 Hemos querido que figurase esta aportación en el homenaje al Dr. González Blanco que tanta importancia ha concedido siempre a la historiografía en sus trabajos de docencia e investigación.

2 Madrid, CSIC Instituto Miguel de Cervantes, en diez volúmenes.

3 *La Aventura de la Historia*, Madrid, nº 76, Febrero 2005.

significa el término «nación» y propiciará el surgimiento de los nacionalismos. El comercio entre Oriente y Occidente crece de forma gigantesca y los viajes europeos a Asia y África son también fundamentales en los cambios tan importantes que se están produciendo en el periodo y contribuyen a explicar los mismos. La Historia Medieval se pone de moda y España, único país europeo en el que durante ocho siglos permaneció el Islam, es muy rica en contenidos, por lo que no es extraño que fuera llamado el país romántico por excelencia.

Desde el siglo XIV habíamos abandonado los estudios árabes, hasta el punto de que en 1491 el Cardenal Cisneros ordenó quemar alrededor de cinco mil libros escritos en esta lengua, según sus amigos, pues los enemigos hablan de ochenta mil y casi nadie conoce el árabe en España en el siglo XVIII. Para poner remedio a esta situación, en época de Fernando VI (1746-1759), se contrata al sirio-maronita Miguel Casiri (1710-1791) para que confeccione un índice de los códigos árabes existentes en España, siendo nombrado ya en época de Carlos III bibliotecario de El Escorial. Fruto de su trabajo será la publicación de *Biblioteca Arabico-Hispana Escorialensis*, (Madrid, 1750-1770). Se le nombró, además, intérprete real de lenguas orientales, ya que antes de su venida a España enseñó en Roma árabe, sirio y caldeo.

En nuestro país se había perdido la tradición del estudio del árabe y, sin embargo, a Conde se le ocurre escribir una historia de la ocupación de los árabes en España, utilizando para ello, casi exclusivamente, y siempre que le es posible, fuentes árabes, con lo que enriquece la Historia al aportar al mundo europeo el punto de vista musulmán, algo que estaba poniéndose de moda en Europa, de ahí el gran éxito que supuso su historia. Esto viene a contradecir la afirmación que se mantuvo durante muchísimas décadas de que nuestro país no había participado en el pensamiento cultural que se dio en la Europa del Siglo de las Luces. Conde sí lo hizo y otros escritores también, como lo demuestran las más de 60.000 obras publicadas en la península durante en XVIII, solamente en castellano y por autores hispanos. Títulos y autores que ahora podemos conocer en toda su extensión gracias al impagable esfuerzo de Francisco Aguilar Piñal, citado al principio de este trabajo.

El afrancesado José Antonio Conde fue uno de los españoles que formó parte de las nuevas ideas que la Ilustración propagó por todo el mundo y forma parte de la sintonía general que se da en Europa sobre la crisis de la conciencia europea, que llevará a escribir una historia crítica que les hace preguntarse: ¿por qué no ver la Historia desde otro punto de vista?. Todo esto está en la base del Romanticismo y Conde estuvo ahí, en primerísima línea, en el ambiente de renovación de la Historia y merece ser recordado y conocido por ello.

2. LOS GRANDES CAMBIOS EN LA EDAD MODERNA

En 1700 la población del mundo había tardado setecientos años en duplicarse y más de mil en triplicarse, pero desde entonces se dobla en unos ciento cincuenta y se triplica en doscientos. Este incremento tan acentuado provocó cambios trascendentales, haciendo que la demanda se disparase, provocando con ello el enriquecimiento de grupos sociales a los que la vieja sociedad estamental impedía prosperar.

Pero los grandes cambios que sufrirá Europa en el siglo XVIII, se fraguan, según nos enseña Paul Hazard en *La Crisis de la conciencia europea, 1680-1715*, precisamente en estos treinta y cinco años que son de importancia capital para la historia intelectual y social de Europa, en la medida que las ideas más contradictorias y confusas se enfrentaron entre sí y contribuyeron a crear un nuevo mundo. Desde finales del siglo XVII se aprecia la progresiva destrucción de los

valores tradicionales y el nacimiento de otros originales, que llevan a la desaparición del orden clásico surgido tras el Renacimiento, de forma que todas las ideas que cambiaron el mundo occidental se hallaban ya disponibles hacia 1715.

Esta crisis intelectual tuvo sus mayores referentes en el racionalismo crítico de Pierre Bayle, en la historia providencialista de Bossuet, en el optimismo racionalista de Leibniz, en el empirismo de Locke y en la ciencia de Newton. Todos ellos fallecidos entre 1704 y 1727.

El absolutismo de Luis XIV impuso en 1685 el edicto de Nantes que permitía la persecución de los hugonotes y la intolerancia religiosa, después de siglos de guerras por causas de la fe, provocó la rebelión de los filósofos anticristianos, que tuvieron que huir de Francia, como fue el caso de Pierre Bayle autor de *Diccionario histórico y crítico* que se exilió a Holanda.

España no estaba tan desconectada de estos movimientos como muchas veces se ha dicho y tuvo también su crisis de conciencia, entre 1680 y 1725, como nos cuenta F. López en su obra *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle* (1976). Tomás Vicente Tosca, Manuel Martí, Manuel Miñana, Juan Bautista Berni, Julio Muñoz Peralta o Diego Mateo Zapata fueron eruditos y hombres de ciencia que se rebelaron contra la decadencia española y el proyecto imperial que había combatido la Reforma persiguiendo la unidad del Cristianismo.

El comercio entre Oriente y Occidente fue el otro gran escenario de los intercambios humanos (Pedro Ruiz, *Los grandes cambios y las fechas históricas*, Planeta, 1995) y, además de ventajas económicas, puso a los Europeos en contacto con otras culturas. Así, China tenía unos 200 millones de habitantes a mitad del siglo XVIII, cuando toda Europa alcanzaba únicamente 162 millones.

Los jesuitas viajan a Pekín y se maravillan con la doctrina de Confucio, quinientos años más antigua que la de Cristo. El orientalismo prendió en la ciencia y en la cultura de Occidente durante el siglo XVIII. Hasta principios del siglo XVIII Europa se interesó, principalmente, por el Islam, con una mezcla de desprecio y superioridad, en los que no faltaba el temor, dado el peligro otomano que estuvo presente en nuestro continente hasta finales del XVII, pero en el siglo siguiente todo cambia y se acepta la idea de Oriente como civilizadora. Se intenta comprender al Islam, y ejemplos de ello son el inglés Relend con su *De Religione Mohammedica* (1717), Bayle en su «Mahomet» del *Dictionnaire historique et critique* (1731), Boulainvilliers en *La Historia de los árabes y de Mahoma* (1731), Voltaire en *Ensayo sobre las costumbres* (1756), Montesquieu con sus *Cartas Persas* (1717-1720), a los que seguirán luego Herder o Goethe.

Pedro Ruiz, añade: «Oriente no sólo fue descubierto intelectualmente. Se convirtió también, como dice E. W. Said en *Orientalismo* (1978), en una invención europea, en una ‘representación del otro’ que, a modo de contraste, ayudó siempre a definir a Occidente. Por eso Montesquieu lo utilizó para poner de relieve los defectos de su propia sociedad en las *Cartas Persas*. También estos contrastes sirvieron para teorizar sobre *El espíritu de las leyes* de un modo que pretendía ser científico, resaltando machaconamente la superioridad política de las formas de gobierno de Occidente — las monarquías y sus leyes — frente a la arbitrariedad del despotismo oriental (...) Diderot publicaba en 1746 sus *Pensamientos filosóficos* y se sumergía en el inmenso trabajo de preparar la *Enciclopedia* (1751-1765). (...) A mitad del Setecientos el siglo de las Luces estaba siendo dominado intelectualmente por los ‘filósofos’ y por los ‘hombres de letras’ de la generación de Voltaire y, poco a poco también por los más jóvenes de la de Diderot y los enciclopedistas».

En 1763 termina para Francia la guerra de los Siete Años con su derrota ante Inglaterra lo que origina pérdidas coloniales y una gravísima crisis fiscal, entrando en escena los fisiócratas con

sus proyectos de reformas políticas y económicas. Turgot será nombrado Controlador General de Finanzas. Los Habsburgo ensayan reformas al igual que Portugal con el Marqués de Pombal desde 1750 a 1777, Rusia y Prusia se suman a lo que se conoció como Despotismo Ilustrado, lo mismo que hicimos en España durante el reinado de Carlos III, en el que los asuntos económicos serán dirigidos por ministros ilustrados como Floridablanca, Aranda o Campomanes.

Ya en 1665 los ingleses habían arribado a las Indias Orientales, y Bombay se convierte en colonia inglesa como parte de la dote que la portuguesa Catalina de Braganza aporta a su boda con Carlos II. Inglaterra llega a La India en desventaja con Holanda y para suplir ésta, utilizará la Compañía de las Indias Orientales y la protección de los poderes locales. En 1690 se establecen en Calcuta. A finales del XVII la provincia de Bengala, descrita por los propios ingleses como el mejor país del mundo por la variedad de sus productos y sus riquezas, comienza a comerciar con los ingleses, desplazando a franceses y holandeses. Los ingleses se fueron adueñando cada vez más de sus riquezas y en 1756 provocaron una guerra con el gobierno indio, venciendo en 1757 y ya en 1765 se convirtieron en los administradores civiles de Bengala. A partir de 1798 se inicia el gran período colonial, haciéndose con las tierras del Ganges, incluida la ciudad imperial de Delhi, casi toda la franja costera que une Calcuta y Bombay, así como de vastas zonas del interior de la India. El imperio mongol se fue desintegrando en distintos estados que se enfrentaban entre sí, con lo que al final fueron fácilmente derrotados e Inglaterra se hizo con la soberanía política y desde aquí pudo incrementar notablemente su comercio con China.

A pesar de que España se mantuvo alejada de Oriente en los siglos XVII y XVIII, en cuanto a lo que colonización supone⁴, ya que todos sus esfuerzos se canalizaban en América y perder el menor protagonismo posible en la propia Europa, nuestros intelectuales conocían la importancia que para las grandes potencias europeas tenía Oriente y eso explica que José Antonio Conde se dedicara con todas sus fuerzas a recordar el importante papel que nuestro país tuvo en la llegada del Islam a Europa y la difusión de sus ideas. Para ello, nada mejor que escribir una historia de la dominación musulmana en la Península Ibérica, que por primera vez se escribe procurando utilizar para ello, siempre que le es posible, fuentes musulmanas.

Es de destacar que Conde es un precursor en cuanto a que inicia su relato, no en el año 711, fecha de la llegada de los musulmanes a España, sino que los siete primeros capítulos los dedica a instruirnos sobre la geografía y la historia árabe, Mahoma y los distintos califas hasta la conquista de la península, remontándose con ello hasta la Antigüedad Tardía. Otros historiadores que se ocupan del tema, no actúan así, como por ejemplo, el jesuita español Juan Francisco Masdeu, quien entre 1783 y 1805, sólo unos pocos años antes que Conde —éste en 1820— publica su *Historia crítica de España y de la cultura española* en veinte volúmenes y que dedica varios tomos a la conquista musulmana de España, pero comienza desde el momento en que llegan aquí, es decir, en el 711. El gran arabista holandés, Reinhart P. Dozy, que tanto criticará a Conde, en su *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Age*, I, aparecida en 1849, a pesar de que le debe tanto, hará lo mismo que hizo el conquisador y también dedica sus primeros capítulos a informarnos sobre la situación del Islam antes de su llegada a España.

4 Sobre las relaciones de viajeros y estudiosos hispanos sobre el Oriente hay una buena información en CORDOBA, J. M^o y PÉREZ DIE, M^o C. (Eds.), *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales, 2006.

Edward W. Said, en su libro *Orientalismo*, Barcelona, 2004, dice: «Más que en cualquier otra parte de Europa, el islam formó parte de la cultura española durante varios siglos, y los ecos y pautas que perduran de tal relación siguen nutriendo la cultura española hasta nuestros días. (...) El Oriente que describo en mi libro como creado en cierto modo por los conquistadores, administradores, académicos, viajeros, artistas, novelistas y poetas británicos y franceses es siempre algo que está 'afuera', algo (como decía Schlegel a principios del siglo XIX) que representaba la forma más elevada, y en cierto modo, más inaccesible de ese romanticismo que los europeos buscan sin descanso. Gran Bretaña y Francia dominaron el Mediterráneo oriental desde finales del siglo XVII». (...) Inglaterra y Francia fueron las naciones pioneras en Oriente y en los estudios orientales. Silvestre de Sacy, por ejemplo, no fue solo el primer orientalista europeo moderno y profesional que se ocupó del Islam, de la literatura árabe, de la religión drusa y de la Persia sasánida, sino que también fue el profesor de Champollion y de Franz Bopp, fundador de la lingüística comparada alemana. La *Bibliothèque orientale*, de Barthèlemy d'Herbelot, publicada en 1697 es un ejemplo célebre que nos permite observar cómo confluían en el teatro orientalista la forma dramática y las imágenes eruditas. La introducción de la reciente *Cambridge History of Islam* considera que la *Bibliothèque*, el discurso preliminar de George Sale en su traducción del *Corán* (1734) y la *History of Saracens* (1708-1718), de Simon Ockley, fueron 'muy importantes' para extender la nueva comprensión del Islam y para transmitirla a un público menos académico. D'Herbelot escribió una historia dividida en dos tipos: sagrada y profana, esta última dedicada al Islam. Convenció con ello a Europa de que el estudio del Islam no era ingrato e infructuoso. Desde sus comienzos y hasta el siglo XVII el Islam fue para Europa un trauma terrorífico».

Para acceder las riquezas de la India siempre había sido necesario atravesar las provincias islámicas y resistir los peligrosos efectos del Islam. Y al menos durante la gran parte del siglo XVIII, Gran Bretaña y Francia lo consiguieron. El Imperio otomano permanecía desde hacía tiempo inmerso en una situación de senectud confortable (para Europa), hasta ser inscrito en el siglo XIX como la «cuestión oriental». Gran Bretaña y Francia se enfrentaron en la India entre 1744 y 1748 y de nuevo entre 1756 y 1763, hasta que en 1769 Gran Bretaña se hizo con el control económico y político del subcontinente. ¿Hasta qué punto, pues, fue inevitable la decisión que tomó Napoleón de acosar al Imperio oriental británico, interceptando en primer lugar su paso por territorio islámico en Egipto? Napoleón sabía que si quería dominar el mundo, tenía que cortar las riquezas que Inglaterra recibía del Oriente y aunque al final no consiguió triunfar en este cometido, lo intentó con gran despliegue de medios. La invasión napoleónica de Egipto en 1798 y su incursión en Siria tuvieron enormes consecuencias para la historia moderna del orientalismo. Napoleón se llevó una Academia a Egipto y ya en 1793 se publicaron unos decretos en Francia que establecieron una escuela pública en el Biblioteca Nacional para enseñar árabe, turco y persa. Muchos de los traductores orientalistas de Napoleón fueron discípulos de Silvestre de Sacy, quien a partir de 1796 fue el único profesor de árabe de la Escuela Pública de Lenguas Orientales y sus discípulos fueron los grandes orientalistas que dominaron el campo durante más o menos tres cuartos de siglo.

Comprender bien Europa significaba también entender las relaciones objetivas entre Europa y sus propias fronteras temporales y culturales hasta entonces inaccesibles. Gibbon pedía tratar a Mahoma como una figura histórica que influyó en Europa y no como un sinvergüenza diabólico que deambulaba por algún lugar entre la magia y la falsa profecía.

Después de estudiar la obra de Conde, en tantas y múltiples facetas (historiador, numismático, académico de la Lengua y de la Historia, traductor de griego, árabe, persa, hebreo,

latín, descubridor de la literatura Aljamiada, lingüista, con aportaciones no sólo sobre lengua castellana, sino también sobre el vascuence o el caló o lengua de los gitanos, pedagogo, etc.) no cabe ninguna duda de que nuestro historiador se impregnó de la cultura europea de su tiempo, participó de ella y su trabajo abrió el camino a las siguientes generaciones de arabistas hispanos encabezadas por dos grandes maestros, Gayangos primero y después Codera, con sus numerosos discípulos, pero también influyó en el arabismo europeo hasta el punto de que una parte importante de la obra del gran maestro holandés Dozy no sería posible sin Conde, ya que después de leerle, viene a España, aprende nuestro idioma y escribe otra historia de la dominación de los musulmanes en España, pero que no finaliza en el XV con la toma de Granada, sino que la concluye en el siglo XII. Esta opinión es defendida, entre otros, por Manuela Manzanares de Cirre, autora de *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1971.

Con respecto a la literatura Aljamiada (escritos en español antiguo con caracteres árabes) es Conde quien mantiene correspondencia con Silvestre de Sacy —cartas publicadas mucho después en París en 1897 y 1908— y gracias a sus comunicados se llegó a descifrar el enigma que venía ocupando entonces a los intelectuales del momento, sin olvidar que a finales del XVIII es Sacy la mayor autoridad mundial en todo lo relacionado con el arabismo. Pedro Roca nos dice⁵: «Casiri, maronita traído por el Gobierno para restaurar los estudios arábigos en nuestra patria y el llamado D. Faustino de Borbón, tomaron los libros de ese género compuestos por persas, tártaros, turcos, beréberes o de mera combinación cabalística, encontrándose con tales notas y calificaciones del propio puño de aquellos eruditos, muchos manuscritos de esta clase en la Biblioteca Nacional. El insigne arabista Silvestre de Sacy que dio noticia de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, sin entenderlo, al descubrir después otros dos, confiesa que primero sospechó que estaban escritos en alguna de las lenguas que se hablan en África, figurese después que podía ser de los Madecacios de Madagascar hasta que luego vino en conocimiento de que no era otra cosa que el idioma español escrito en caracteres árabes. Pero no es que Sacy llegase por sí mismo a esta conclusión cierta, no, salió de su error en virtud de una carta que con fecha 27 de julio de 1797 le dirige José Antonio Conde, comunicándole una lista de los manuscritos de esta clase que tenía a la vista en la Biblioteca Real de Madrid, explicándole el contenido de varios, y manifestándole que eran moriscos, escritos en castellano con caracteres arábigos y todos salpicados de fórmulas musulmicas, citas y sentencias. Conde fue el primero que trasladó ya algunos manuscritos de los caracteres árabes a los comunes, y a él se debe el desciframiento cierto de la literatura aljamiada; pero sus trabajos no salieron del dominio privado porque no los llegó a publicar. Tales eran los escasos precedentes de esta literatura, cuando Gayangos, después del transcurso de no sé cuantos años que ni siquiera era mencionada, publicó su notable artículo, en que la estudiaba por vez primera formando un cuerpo de doctrina. Volumen VII de la *British and Foreign Review* con el título *Language and literature of the Moriscos*».

3. SEMBLANZA HUMANA DE JOSÉ ANTONIO CONDE

José Antonio Conde García nació el 28 de Octubre de 1766 en La Peraleja (Cuenca), siendo bautizado con los nombres de Simón Antonio José, (Simón por el nombre del santo del día en que fue bautizado, el 3 de Noviembre del mismo año) y confirmado con el nombre de José Antonio. Sus padres fueron Juan Manuel Conde y Antonia García, teniendo un total de 8 hijos, nacidos

5 Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Tomo II de 1898, página 30.

entre 1752 y 1771, por el siguiente orden: María Teresa, María Josefa, Jerónima, Francisco José Lázaro, Julián Pablo, José Antonio, Dionisia María y Juliana Francisca.

Un tío de José Antonio Conde, Joseph de César Muñoz era sacerdote y puso como condición a los sobrinos varones que, si querían heredarle, tenían que ser ordenados. Su hermano Julián Pablo sí lo fue y José Antonio permaneció en el seminario de San Julián de Cuenca desde el 11 de junio de 1781 hasta el 15 de junio de 1782, estudiando Gramática, Retórica y Dialéctica. Se despidió del seminario, ya que carecía de vocación religiosa y pasó a estudiar en la Universidad de Alcalá de Henares, donde cursó Filosofía Moral, dos años de Instituciones Civiles y uno de Canónicas, accediendo con ello al título de Bachiller en Cánones, el 22 de junio de 1788⁶, obteniendo la titulación *nemine discrepante*, equivalente a la mejor nota de los 33 doctores que concurrieron a su examen. Continuó sus estudios en Alcalá de la siguiente forma:

En Octubre de 1789 obtiene el título de Bachiller en Leyes, *nemine discrepante*, (Leyes de Toro, Disciplina Eclesiástica, Decreto, Concilios generales y nacionales), obteniendo en noviembre permiso del Consejo del Reino para opositar. En el mismo año de 1789 lo hace a la cátedra de Lengua Hebrea, quedando finalista.

En 1790 oposita a la cátedra de Lengua Griega, quedando también finalista. Firma, asimismo, la oposición de Lengua Árabe.

En Mayo de 1791 se licencia en Cánones y se doctora en Derecho, obteniendo de nuevo la calificación de *nemine discrepante* entre 43 doctores. Es nombrado Individuo de la Academia de Jurisprudencia de Alcalá de Henares.

En Junio de 1792 le nombran Abogado de los Reales Consejos. Anteriormente, en 1789, fue denunciado ante la Inquisición toledana, acusado de decir, entre otras cosas, que Jesucristo no vino al mundo y que Moisés se había valido de la ignorancia de los israelitas para hacer creer lo que dice la Biblia. El proceso que se abrió contra él, fue archivado en 1790 por falta de pruebas, aunque esta denuncia pudo tener algo de verdad, ya que coincide con la postura ideológica que defendió más tarde, cierta incredulidad, algo de anticlericalismo, afición a la poesía sáfica, etc. La semilla de la Ilustración, los aires de la Revolución Francesa, fueron los causantes de la situación, ¿o se le había generado ya su actitud rebelde en los dos años de su estancia en Cuenca?, antes de abandonar el Seminario —por las lecturas o el influjo de alguno de sus profesores—, o bien la desarrolló en los siete cursos de estudiante universitario en Alcalá —lo que es más probable—.⁷

Dice Calvo Pérez que aunque nunca fue catedrático, dominó el latín, griego, hebreo y árabe, conociendo también el persa y probablemente el turco. Habló francés y llegó a leer, cree que con alguna dificultad, alemán y algo de vasco⁸.

En 1791 comienza a trabajar en la Biblioteca Real y traduce *Anacreonte*, si bien no será funcionario de plantilla hasta el 31 de Diciembre de 1794 en que ingresa oficialmente como Escribiente 2º, pasando a Oficial en 1795, a Bibliotecario 6º en 1802 y a Secretario en el mismo año, con un sueldo de 16.000 reales. Este empleo le obligó a fijar su residencia en Madrid, en

6 Los datos de la «Semblanza de Conde» los he recogido de lo publicado por Pedro ROCA en «Vida y escritos de D. José Antonio Conde», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Tomos VIII, de Enero-Junio 1903, IX de julio-diciembre 1903, X, de Enero-junio 1904 y XII de Enero-Junio 1905. También del libro de Julio CALVO PÉREZ, *Semblanza de José Antonio Conde*, Diputación Provincial de Cuenca, 2001.

7 Op. Cit. Pág. 26.

8 Op. Cit. Pág. 25-26.

donde vivirá con una familia natural de su pueblo, Santiago Muñoz y María Ortiz. La familia tenía amistad con el literato Leandro Fernández de Moratín,⁹ quien parece ser mantenía una relación sentimental con la hija, Francisca Gertrudis Muñoz y Ortiz «doña Francisquita», a la que dedicaría alguna oda, aunque no llegaría a casarse con ella. En la misma casa se hospedaba Mariquita Fernández de Moratín, prima hermana de Leandro, con la que Conde se casaría en 1816. Leandro llevaba un Diario, y en él se recogen muchas de las vicisitudes que vivió Conde. Se conservan también distintas cartas que, sobre todo Leandro, dirigió a José Antonio, lo que ha permitido conocer su carácter y como transcurrió su vida.

Conde era un tanto retraído y su íntimo y mejor amigo fue Leandro, al menos desde el 17 de Octubre de 1793, ya que se conserva una carta de esa fecha, desconociéndose si se conocían con anterioridad. En las múltiples cartas que le dirige Moratín a lo largo de su vida, suele llamarle «Sabio, El Moro, Mustafá, Guayloli, Musulmán, Marlin o Cura de Montuenga», además de «*Doctor in utroque, nemine discrepante*». Conde y Moratín acuden a los banquetes y a las tertulias de la Sociedad de Alcalófilos, al teatro, a pasear por el Jardín Botánico y al Parque del Retiro. Las relaciones de Leandro son muy extensas y llega a tratar a Manuel Godoy, con el que come en ocasiones, acompañado de Conde y otros miembros de la nobleza. Muchos de los amigos de Conde suelen ser eruditos y académicos de la Historia y de la Lengua.

Conde ingresa en la Real Academia de la Lengua el 22 de diciembre de 1801¹⁰, como académico honorario, es superhonorario el 2 de febrero de 1802, pasando a ser miembro de número el 16 de marzo del mismo año, a la muerte de Tomás Antonio Sánchez, que fue el primero en publicar el *Poema del Mío Cid*, (1779-1790). Ocupó el sillón G, participando en distintas comisiones, entre ellas la de formación de reglas para la corrección del *Diccionario*, revisión y cotejo de códices para la publicación del *Fuero Juzgo*, revisión de las autoridades para el *Diccionario*, formación de la Ortografía, etc.¹¹

Calvo Pérez recoge un informe del Marqués de Molíns en 1870, que dice: «Conde no figura como director de ella, ni como secretario, ni como censor. Tampoco fue contador ni tesorero, ni vocal electo de cuentas, ni revisor de las mismas, cargo que duró hasta 1850. Tampoco se le confió el cargo de bibliotecario (a diferencia de la R.A. de la H., donde consta que lo fue). Ni fue premiado nunca, ni castigado, salvo con la famosa expulsión tras los años josefinos en que fue especial y rigurosamente apartado por razones ajenas a las Academias. Lo que en verdad tuvo fue trabajo callado como siempre, habiendo sido el suyo sacrificado y para él predestinado

9 Leandro Fernández de Moratín (1760-1828). Escritor español, hijo del también escritor Nicolás Fernández de Moratín. Por recomendación de Jovellanos fue secretario en París, en 1786, del Conde de Cabarrús, financiero español de origen francés, quien en 1780 promovió la emisión del primer papel moneda de España y en 1782 consiguió se fundara el Banco Nacional de San Carlos del que fue nombrado director. Moratín publicó en 1789 *La derrota de los pedantes*, sátira contra los malos escritores. Recorrió Gran Bretaña e Italia protegido por Godoy y en 1808 tomó partido por José I, de quien fue Bibliotecario Mayor. En época del terror fernandino permaneció desterrado en Montpellier y Burdeos, donde se reencontró con su amigo Francisco de Goya. Murió en París en 1828. *Apuntaciones sueltas de Inglaterra y Viaje a Italia*, son obras que escribió con motivo de sus viajes a ambos países. Su verdadera vocación fue el teatro y en *Obras dramáticas y líricas*, Madrid, 1795-1806, expuso su concepto de la comedia. Escribió un total de cinco comedias: *El viejo y la niña*, *El Barón*, *La mojegata*, *La comedia nueva o el café* y *El sí de las niñas*. Estas dos últimas son las dos comedias neoclásicas españolas más destacadas. En el exilio escribió *Orígenes del teatro español*, publicada después de su muerte, en la que critica y analiza la obra de escritores españoles anteriores a Lope de Vega.

10 CALVO PÉREZ, Julio, *op. cit.*, p. 57.

11 *Ibid* p. 57.

(‘siguió Conde muy asistente, presidiendo varias veces la Academia hasta su muerte’ dice Molíns). Por el autor citado sé que entró en la silla N-5, tras ser echado de la G-3 bajo la presidencia de Castañeda, a quien reemplazaría después a su muerte. Se dice que por entonces las Actas callan mucho, pero que se sabe de su laboriosidad como académico, siendo ‘uno de los pocos que permanecieron en Madrid a la entrada del Rey intruso, por quien tomó parte’ (p. 82). (...) Sabemos que Conde había sido borrado en ‘sesión reaccionaria’ (sic) de 8 de noviembre de 1814 (...) en virtud de Real orden del 3 del mismo mes, en que se hacía extensiva a los cuerpos científicos la prescripción del terrible decreto de 10 de marzo de 1814.

Entre las actividades de Conde como académico hay una que se halla especialmente descrita. Me refiero al informe que tuvo que dar, junto con Tapia y Fernández de Navarrete, para la edición de las poesías de Meléndez Valdés. El 9 de enero de 1819, cuando María Andrea, viuda del poeta, visitó a Navarrete, ya estaba la corrección hecha y se esperaba hacer una edición irreprochable de la obra del mejor poeta español de aquel siglo. Esta se produjo en 1820, pero Conde ya no pudo verla. En ella, a petición de los tres informantes, se suprimió la traducción de Horacio, hecha por Meléndez, por considerarla de poca calidad»

El de 10 de diciembre de 1801 la Real Academia de la Historia aprueba su admisión, pronunciando su discurso de ingreso el 15 de enero de 1802. Permaneció en ella hasta su muerte, exceptuando el paréntesis ocasionado por la salida de España de José Bonaparte en 1813.

Al producirse la invasión francesa en 1808 y tras la victoria hispana en Bailén, Conde y Moratín se sienten comprometidos por su relación con los franceses y a finales de julio de 1808 salen de Madrid, rumbo a Vitoria. Al volver a fin de año los franceses a Madrid, regresan y Moratín llega a aceptar en 1811 el nombramiento de Bibliotecario Mayor de la Biblioteca de S. M. y el de Caballero del Pentágono, orden creada por José Bonaparte; Conde viaja con la Corte a Andalucía donde es Jefe de División en el Ministerio del Interior, volviendo a Madrid en mayo de 1812.

En agosto de 1812 son derrotados los franceses en la batalla de Arapiles y tiene que evacuar la capital y trasladarse a Valencia, a donde van Conde y Moratín. Aquí se produce su separación definitiva, pues Conde regresa a Madrid a principios de 1813, aunque la situación le obligará a huir a París, donde fue intérprete de José Bonaparte; Moratín se trasladará a Barcelona. En octubre de 1814 regresa a La Peraleja, pasando antes por Madrid, donde vive escondido unos meses. Su hermano Julián tiene que ayudarle económicamente, dada la situación de precariedad en que se encuentra.

El 30 de mayo de 1814, Fernando VII publica un Real Decreto, fijando las condiciones que autorizan a algunos exiliados a regresar a España, pero otros muchos no pudieron acogerse a estas medidas de gracia. A Conde se le autoriza a volver, con la condición de que resida a no menos de veinte leguas de la Corte; además le devuelven sus escasos bienes.

En 1815 vive en Madrid de incógnito y también en La Peraleja. Durante su estancia en la capital, y ya con 48 años, se enamora de Mariquita que tiene únicamente veinte. Se casarán el 15 de agosto de 1816, pero en septiembre de 1817 Mariquita fallece de parto. Una vez muerta su mujer, Conde sigue viviendo en casa de sus antiguas patronas y trabajando en las Reales Academias de Historia y de la Lengua, aunque sin recibir remuneración de ninguna clase por ello.

En mayo de 1816, Moratín escribe a Conde en relación con su obra *Historia de la dominación de los árabes en España* y le aconseja que «se la traduzca a usted un gabacho (cuidando de que no le haga ninguna picardía), y puesta que esté en francés, remitirla a París a sujeto de confianza que procure su venta». En otra carta del 8 de febrero de 1817 le dice. «Si la docta

Academia, amiga de por vida y la blasfemia, (sic) no afloja los cuartos, y trata de imprimir la *Historia Moriega*, dígame usted que no sé el partido que habrá de tomar su autor. Supóngala usted escrita en francés: correría toda Europa y se despacharía prontísimamente; pero en español, se queda en España, y dentro de cuarenta años habrá usted salido de su mercancía: mientras el historiador arábigo y manchego se esté consumiendo de envidia, atrincherado entre los paquetes de su obra, el traductor francés se estará regodeando en París con el rédito inocente que le producen. ¡Así va ello!»

Se ve por estas cartas las dificultades que Conde tiene para publicar en España su obra más famosa, algo que sólo logrará en 1820, precisamente el mismo año de su fallecimiento, sin que llegue a verla publicada ni tampoco realizar las pertinentes correcciones, lo cual dará lugar a que sufriera críticas posteriores por errores detectados, muchos de los cuales no se hubieran producido si su autor pudiese haberla leído antes de la publicación definitiva.

El 11 de marzo de 1819 Conde escribe a Moratín y entre otras cosas le dice: «La *Historia Moriega* yace todavía; pero será forzoso hacer mención de ella para que se publique por suscripción: la Academia de la Historia ha hecho súplica a S. M. para que me auxilie para su perfección y publicación, y el señor Irujo y otros señores, de su propio movimiento han hablado a S. M. de esta obra tan deseada.»

El 12 de junio de 1820 Conde fallece en Madrid en la más absoluta pobreza. Moratín le dedicó una Oda y la Real Academia Española de la Lengua y la de la Historia le tributaron rendidos homenajes. La de la Historia dijo de Conde. «que era una pérdida sumamente lamentable para la Academia, tanto por las prendas de su corazón y sus virtudes, como por su vasta instrucción en materia de antigüedades en general y en particular de las españolas, y por sus profundos conocimientos en las lenguas sabias y en los diferentes ramos de la cultura oriental. Nosotros que tuvimos la satisfacción de tratarle más de cerca desde el año 1801, en que entré de individuo supernumerario, hemos sido testigos de su constante moderación, de la suavidad de sus costumbres, de su laboriosidad, de su modestia incomparable, de su resignación y filosofía en la adversa fortuna. De su exquisita e inmensa erudición, acompañada de la crítica más perspicaz y juiciosa, responden los muchos informes dados a la Academia que se conservan en su archivo, la traducción de la *Geografía árabe del Nubiense* en la parte que trata de España, la de *Anacreonte*, su disertación sobre la *Numismática de los Reyes Mahometanos de Andalucía*, y finalmente la *Historia general de los moros de España* que ha empezado ya a imprimirse y en que este importante período de la historia de España, que abraza el dilatado espacio de ocho siglos desde la invasión de Tarec hasta la emigración de Boabdil, toma un aspecto interesante y nuevo para el público literario europeo, que apenas conocía de él más que algunos vagos e incoherentes sucesos envueltos entre muchas vulgaridades y errores. La numismática de los Reyes godos de España esperaba también grandes adelantos de la laboriosidad e inteligencia de nuestro difunto compañero. La Academia le había encargado este trabajo, que enlazado con el de las monedas de los reyes andaluces inserto en nuestras *Memorias*, hubiera ilustrado la numismática española de mil años, y que aunque menos nuevo y original que el otro hubiera probablemente dado mayor extensión a los descubrimientos anteriores de nuestros sabios y perfeccionado considerablemente esta parte de la literatura. El nombre de Conde, por una fatalidad que experimentaron también otros hombres célebres, era quizá más conocido y respetado fuera que dentro de su patria: la Academia de Ciencias y Buenas Letras de Berlín le contaba entre sus individuos; apenas había viajero literato extranjero que al llegar a la Corte no buscara su comunicación y trato. Sus amigos y compañeros hemos reparado, cuando nos era dable, este

y otros agravios de la suerte con sinceras y repetidas muestras del más cordial aprecio; y la Academia, que es quien inmediatamente padece el dolor y los inconvenientes de su falta, no puede menos que decir en su elogio que era uno de los ornamentos de nuestra patria, y que el hueco que ha dejado en el mundo literario es sumamente difícil de llenarse»¹².

4. OBRAS DE JOSÉ ANTONIO CONDE

4.1. Obras publicadas

Poesías de Anacreon, Teócrito, Bion y Mosco, traducidas de Griego por Don JAC e Idilios de Teócrito, Bión, Mosco, Madrid, 1796.

Poesías de Saffo, Meleagro, y Museo, traducidas de Griego por Don JAC, Madrid, 1797.

Descripción de España de Xerif Aledris, conocido por el Nubiense, con traducción y notas de Don JAC. Madrid, Imprenta Real, 1799.

Carta en castellano con posdata polígota: en la cual Don Juan Antonio Pellicer y Don JAC, individuos de la Real Biblioteca de S.M. responden a la Carta Crítica que un Anónimo dirigió al autor de las Notas del don Quixote, desaprobando algunas de ellas, Madrid, Sancha, 1800.

Censura crítica del alfabeto primitivo de España, y pretendidos monumentos literarios del vascuence. Por D. JAC, Cura de Montuenga. Madrid, Imprenta Real, 1806.

Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábicas por el Doctor Don JAC, Madrid, Imprenta que fue de García, 1820-1821, 3, nº 2 tomos.

Memoria sobre la moneda arábica y en especial la acuñada en España por los príncipes musulmanes, Memorias de la Real Academia de la Historia, V (1817). Leída en Junta del 21 de Julio de 1804.

Hymnos de Calimaco de Cyrene, traducidos de griego por Don JAC, Madrid, Biblioteca Nacional, 1790.

Traducciones de Tirteo, Madrid, Real Academia de la Historia, 1796.

Los amores de Leandro y Ero, traducción del griego por Don JAC. Madrid, Real Academia de la Historia, 1786.

4.2. Obras atribuidas a José Antonio Conde

El Evanteo, 1787.

Poesías orientales, Madrid, 1817.

Califas cordobeses, Madrid, 1820.

4.3. Correspondencia de José Antonio Conde

Quatre lettres de Josef Antonio Conde á Silvestre de Sacy, Publiés par Hartwig Derenbourg et L. Barrau-Dihigo, Paris, 1908, extrait de la Revue Hispanique, tome XVIII, París, Sorbona, 1897.

¹² Leído en la junta de 2 de marzo de 1821, páginas LXXXII-LXXXIV.

4.4. Obras no publicadas de José Antonio Conde

4.4.1. Traducciones

- Apuntes y traducciones del árabe*, Madrid, Real Academia de la Historia 9-6101.
- Alkiteb, De sueños*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (56).
- Del linaje onde vino Mahomat*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (124-139).
- Traducción del Libro III, leg. 1 de Plinio*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (199-215).
- Traducción latina de un texto hebreo*, Madrid, Real Academia de la Historia. 9-5967 (97-99).
- Apuntes varios y traducciones del árabe*, Madrid. Real Academia de la Historia, 9-5967 (126-168).
- Las obras y los días, del Hesiodo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5968 (3-24).
- Fragmentos de la Teogonía, de Hesiodo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5968 (31-49).
- Hadith, de la doncella de Arcayona. La trasladó del arábigo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5968 (71-77).
- Kalila y Dimna, traducida de árabe por Don JAC*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5968 (78-193), 1797.
- Historia de Kustasp, por Ferdus el Tusy, Traducido del persiano por Don JAC*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5968 (194-239). 1799.

4.4.2. Obras diversas

- Noticias de una espada antigua con inscripciones árabes*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (38-40), autógrafo de 19 de Febrero de 1819.
- Disertación latina sobre el lenguaje celtibérico*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (140-151).
- Sobre la inscripción del jarro de Trigueros*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5967 (90-96).
- Notas a la inscripción arábica del Patio de los Naranjos de la Catedral de Córdoba*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5969 (204-208).
- Lengua Ethigitana o de Gitanos*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5969 (237-292).
- Diccionario de voces arábicas*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5975. 1814.
- Informe dado a la Real Academia Española, por Don JAC sobre el Rimado de Palacio, de Pero López de Ayala* (leído en junta del 9 de Julio de 1804)
- Varios fragmentos sobre poesía árabe y persa*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5969 (1-23).
- Discurso acerca de la lengua y literatura de los Árabes*, Real Academia de la Historia, 9-5969 (31-44).
- Disertación latina tratando de probar que la escritura y el idioma de los monumentos celtibéricos es céltico-griega*, Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (41-55).
- Informe sobre la traducción de la obra de Agricultura de Junio Moderado Columela, hecha por D. Juan de Villamil*, Real Academia de la Historia, 9-5966 (57-58), 1819.
- Discurso de entrada en la Real academia de la Historia*. Madrid, 15 de Enero de 1802.

- Fichero topográfico de la península ibérica*. Topónimos latinos ordenados alfabéticamente, 3 legajos. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-29-9-6095 a 6100.
- Biblioteca Árábica de Historia y Literatura*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (62-110).
- Informe sobre el extracto de la obra de Muhamed ben Admed el Mocry, intitulado «Historia de la conquista de España por los musulmanes», manuscrita en la Biblioteca Nacional de París*, 1802. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (9).
- Informe sobre una disertación numismática por Stelsio Doria Prosalendi, impresa en Florencia*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (152-155), 1812.
- Censura de una disertación del Sr. Gusseme, sobre inscripciones en Lora del Río*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5966 (161-163).
- Apuntes para una disertación sobre las monedas celtibéricas*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5967 (1-38).
- Apuntes originales de Don JAC para una disertación acerca de la idolatría de España, y sus antiguos Dioses*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5967 (40-88).
- Informe sobre una disertación de Fr. Salvador Laín, afirmando que Ophir y Tharsis estaban en Andalucía*. Madrid, Real Academia de la Historia, 9-5967 (103-107).

5. BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN GARCÍA, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*. Tomo IV «Liberalismo y Romanticismo», Espasa Calpe, Madrid, 1894.
- ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater dolorosa*, Taurus, Madrid, 2001.
- BARRAU-DIHIGO, L., «Contribución a la crítica de Conde», en Homenaje a D. Francisco Codera, en su jubilación del profesorado, *Estudios de erudición oriental*. Zaragoza, 1904, pp. 551-569.
- BERLIN, Isaiah. *Las raíces del Romanticismo*, Taurus, Madrid, 2000.
- CALVO PÉREZ, Julio, *Semblanza de José Antonio Conde*, Diputación Provincial de Cuenca, 2001.
- CONDE GARCÍA, José Antonio, *Descripción de España de Sheriff Aledris, conocido por el Nubiense*, Imprenta Real, Madrid, 1799.
- Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence, por D. José Antonio Conde, cura de Montuenga*, Madrid, 1804.
- Censura crítica del alfabeto primitivo de España*, Madrid, 1806.
- Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias árabigas*, Madrid, 1820-1821, 3 volúmenes.
- Memorias sobre las monedas árabes, principalmente sobre las que fueron acuñadas en España bajo los príncipes musulmanes (leída el 21 julio 1804)*, Memorias de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1885.
- DOMÍNGUEZ PRATS, Antonio, *Valoración historiográfica de José Antonio Conde (1766-1820), contextualizada por referencia a Juan Francisco Masdeu y Reinhart P. Dozy*, Tesis de Licenciatura. Universidad de Murcia, 2004.
- DOZY, Reinhart Pieter, *Historia de los musulmanes de España*, Ediciones Turner, Madrid, 1982, 4 volúmenes.
- HAZARD, Paul. *La crisis de la conciencia europea, 1680-1715*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

- MANZANARES DE CIRRE, Manuela, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1972.
- MASDEU Y MONTIJO, Juan Franciscio. *Historia crítica de España y de la cultura española*, Editor Antonio Sancha, Madrid, 1783-1805. 20 volúmenes.
- ROCA, Pedro. «Vida y escritos de D. José Antonio Conde», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Tomo VIII, enero-junio 1903, pp. 378-394 y 458-469.
- Idem., Tomo IX, julio-diciembre 1903, pp. 279-291 y 338-354.
- Idem., Tomo X, enero-junio 1904, pp. 27-42
- Idem., Tomo XII, enero-junio 1905, pp. 139-148.
- «Noticias de la vida y obras de D. Pascual de Gayangos», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Tomo II, 1898, pp. 29-32 y 110-130.
- RON DE LA BASTIDA, C.. «Los manuscritos árabes de Conde (1824)», en *Al Andalus*, fascículo I, volumen XXII, 1956, pp. 113-124.
- RUIZ, Pedro. *Los grandes cambios y las fechas históricas*, Planeta, 1995.
- SAID, E.W. *Orientalismo*, 1978. (Reprint Barcelona 2004).